

Sergio Andrés González Valencia. **Los “Mayordomos de fábrica” y la economía de las parroquias en la provincia de Antioquia, 1825-1842.** Medellín: Instituto

para el Desarrollo de Antioquia [IDEA], 2013, 146 pp.

Juan Sebastián Marulanda<sup>1</sup>

La historia de la Iglesia católica en América Latina es uno de los capítulos más estudiados por los investigadores nativos y foráneos, en todas las etapas de su desarrollo a lo largo de poco más de cinco siglos de permanencia. El abanico historiográfico comprende decenas de obras sobre las labores evangelizadoras y educativas de la Iglesia, la sempiterna disputa entre el poder eclesiástico y el poder secular, y aspectos como la caridad y el patrimonio institucional. Ciertos temas, empero, continúan en la bruma y son más opacos cuando el ojo del investigador recorre cada una de las regiones del continente. Puede verse que, por ejemplo, el papel de la Iglesia como entidad proveedora de crédito ha sido profusamente analizado para el ámbito novohispano —y luego mexicano—, pero sigue siendo insuficiente para los antiguos virreinos y posteriores repúblicas en Sudamérica. Estas falencias disciplinares conducen hacia peligrosas generalizaciones que esconden las realidades regionales y locales.

La investigación de Sergio Andrés González, historiador de la Universidad de Antioquia y profesor en la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín, es, en este sentido, un novedoso aporte al conocimiento histórico de la economía de las parroquias católicas en Hispanoamérica por cuanto, en palabras del autor, “ha sido uno de los temas que ha brillado por su ausencia” (p. 15). El objetivo de esta obra, ganadora del Premio IDEA a la Investigación Histórica de Antioquia 2010 —uno de los reconocimientos más prestigiosos del país—, es presentar a los lectores el funcionamiento de las fábricas de iglesia y la actuación de los mayordomos en 15 parroquias de la Diócesis de Antioquia, en los primeros años republicanos. El texto es

1 Universidad de Antioquia (Colombia).

rico en cuadros comparativos y en anexos que ilustran las hipótesis del autor y constituyen puntos de partida para futuras investigaciones.

Entre las fuentes primarias utilizadas por el autor destacan los libros de cuentas de los mayordomos de fábrica, los autos de visita obispaes y la legislación contemporánea aplicable sobre el particular. Las fuentes secundarias son, en buena parte, obras de contexto, referentes a la mentalidad y las prácticas religiosas y sociales (Mercedes Arango, Patricia Londoño y Lucía Sotomayor) y la actividad económica de la Iglesia (Arnold Bauer, Pilar Martínez, Germán Colmenares, Francisco Jiménez Abolledo, entre otros). Cabe mencionar que, como estudios similares al de González, son incluidos artículos de Mercedes Calvo y Candelaria Castro sobre la villa de Agüimes en las islas Canarias (con el que el autor, en ocasiones, plantea comparaciones), el de Juan Luis Lillo y José María Álvarez sobre la contabilidad de la capilla de San Andrés de Jaén, y el de Gabriel Martínez sobre las parroquias virreinales en el Nuevo Reino de Granada en vísperas de la Independencia.

La selección del periodo y los lugares en cuestión son criterios bien delimitados por González: entre 1825 y 1842, lapso en el que Estado ejerció la labor de inspección en lo referente a las finanzas parroquiales –dentro del derecho dudosamente heredado del Patronato– de acuerdo al Decreto 240 de 1825 (p. 13); en cuanto a la elección de las parroquias, ésta a su vez responde a dos intereses: la antigüedad, porque el análisis comprende parroquias fundadas desde el siglo xvi y hasta el siglo xix, y la geografía, con el fin de comparar sitios ubicados en pisos térmicos diferentes.

Estos dos últimos criterios corresponden al primer capítulo del libro, en el cual González justifica la elección de las 15 parroquias a partir de la historia, el medio natural y la economía. El autor propendió para que esta selección indicara la diversidad de climas, de ocupación del territorio y de actividades económicas de la Provincia, con el fin de demostrar que esta variedad imprimió “ciertas características a la presencia y acción de la Iglesia en Antioquia” (p. 18). El capítulo dos, por su parte, presenta la labor de los mayordomos de fábrica como administradores de los recursos de la parroquia. Precisamente, el análisis de las fuentes de financiación y los gastos de la parroquia ocupan el tercer capítulo de la obra. El cuarto y último capítulo es una mirada sobre la cultura material de las parroquias antioqueñas investigadas, es decir, la arquitectura y configuración de los templos (algunos de ellos, más parecidos a “habitaciones de cerdos que a la casa donde se da culto al Señor Supremo” (p. 100) y los utensilios y ornamentos propios del culto.

El libro de González es una obra pionera en la comprensión de la economía de las parroquias en el país, en especial en los años que siguieron al proceso de Independencia. Su pertinencia está por encima de toda duda, al igual que el rigor en el tratamiento de las fuentes primarias; sin embargo, algunas afirmaciones presentes en el texto suscitan una sana controversia.

Si bien el trabajo no profundiza en la riqueza de la Iglesia en Antioquia — puesto que no es su propósito—, en uno de sus apartes el autor señala que “la consolidación del poder económico de la Iglesia fue un privilegio de las comunidades religiosas y no del clero secular” (p. 14) y cita un libro de Manuel Robayo sobre la Iglesia, el crédito y la propiedad de la tierra en Tunja durante el periodo colonial. Eso es un determinismo mediado por la problemática identificación de la fuente: de acuerdo a Robayo, Tunja fue, en la colonia, un territorio donde la presencia de los conventos fue poderosa y donde el clero diocesano tuvo poco margen de acción; pero en Antioquia la situación fue completamente diferente porque, a excepción de los jesuitas —y por poco tiempo—, fue el clero secular quien dominó el panorama religioso al menos hasta principios del siglo XIX y el que tuvo, por medio de las capellanías y los censos, la mayor parte de la riqueza de índole eclesiástica (el libro de Javier Piedrahíta, citado en forma frecuente por el autor, da cuenta de ello).

En otro apartado del libro, la inquietud recae en la pobreza o riqueza de las parroquias antioqueñas. González, amparado en los datos arrojados por su investigación y en los testimonios de los obispos de la Diócesis de Antioquia, afirma que en términos generales “la Iglesia diocesana antioqueña de la época no era rica, no era dueña de grandes cantidades de dinero ni era dueña de la mayor parte de la tierra, como sí sucedía en otras regiones del país” (pp. 115-116). El hecho es que esta idea de la riqueza eclesiástica, medida exclusivamente en la contabilidad de las fábricas de las parroquias, desconoce la existencia del sector del clero diocesano beneficiado con las capellanías. En realidad, los “ataques contra el patrimonio” de la Iglesia católica (p. 117), presentados desde mediados del siglo XIX por parte de los sucesivos gobiernos liberales, fueron hacia los bienes de manos muertas afectados por obras pías y censos, no hacia la economía parroquial o las fábricas de iglesia. Así que el “argumento” estatal preconizado para disminuir el poder económico eclesiástico, que “podría ser cierto para otras regiones del país, pero no para el caso de la Iglesia antioqueña” (p. 117), bien pudo haber sido cierto para Antioquia si en el análisis se incluyen factores externos a las fábricas de las parroquias.

El tercer y último punto en cuestión tiene que ver con la siguiente regla planteada por González: que el clero del momento tendió a ocupar climas benignos y que ello explica la presencia efectiva de la Iglesia en estas zonas (pp. 21, 24). Como excepción a esta norma —y muy notable por lo demás— el autor presenta a Santa Fe de Antioquia, ubicada en una zona cálida (p. 23). Esta aseveración no puede ser categórica y remitida únicamente al clima, porque el establecimiento del clero también está mediado por factores como la ocupación del territorio, la posibilidad de realizar ciertas actividades económicas y la distancia entre las zonas productivas y los centros

de distribución. En Antioquia, las tierras propicias para el desarrollo agrario fueron los valles templados y los altiplanos fríos (la mayoría de las parroquias estudiadas se encuentran en estos lugares) y además, la actividad minera se trasladó a las tierras altas, por lo cual antiguas ciudades de clima caliente, como Cáceres y Zaragoza, perdieron gran parte de su población —es decir, feligreses—. Como contrastes externos a la provincia de Antioquia pueden citarse ejemplos de ciudades como Cartagena, Santa Marta, Mompox, Honda y Mariquita, situadas en zonas cálidas, con importante presencia del clero y economías de cierta relevancia al menos hasta mediados del siglo xix.

Estas tres observaciones no son hechas con empeño ni interés diferentes al de fomentar el debate constructivo y argumentativo que despiertan las obras precursoras que, como ésta, abren nuevos horizontes en la investigación histórica y de las que esperamos conocer más en el futuro para otras regiones de Hispanoamérica.